

ANNA KASSAN

Radio GA GA



ANNA KASSAN

Radio
GA GA



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2026
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, enero 2026
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-68-5
Depósito Legal: CS 1092-2025

© del texto, Anna Kassan
© de la ilustración de cubierta, Ermitanya
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2026 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para mi primera lectora, la que devora mis historias con ilusión y me recuerda por qué escribo. Gracias, Abu.

1

Plot-twist

Hay dos verdades innegables en este mundo:

1. Todos tenemos una serie favorita.
2. La tortilla de patata va SIEMPRE con cebolla.

Es que todavía no entiendo cómo existe gente en el mundo a quien no le guste saborear una tortilla como Dios manda. A todos ellos los considero herejes de la religión tortillera. Y si encima estás comiéndote ese pedacito de cielo recién hecho frente a la televisión, viendo tu serie preferida, yo lo llamo paraíso.

Mientras acabo mi obra de arte, hago malabares para subirme la falda que he escogido para hoy. No se puede comer tan tarde y pretender llegar a tiempo al trabajo.

Muchas veces pienso en cómo sería vivir en una de esas series que tanto me gustan, aunque solo fuera por un día, porque no vaya a ser que me meta en una de asesinatos y acabe con los sesos esparcidos por la pared. Elegiría, sin duda, una de comedia. ¿A quién no le gustaría divertirse

haciendo de rabiar a Sheldon Cooper? O ser una de las tantas citas de Ted Mosby antes de conocer a su mujer del paraguas amarillo. Resolver un caso con Jake Peralta y su equipo. O trabajar en una oficina como la de Michael Scott.

¡*SPOILER!* Esto último lo he conseguido..., más o menos. Y no solo por un día. Ya llevo casi tres años en la empresa. No, no fumé maría en pipa, ni tuve un sueño raro. Realmente trabajo en una oficina como la de Michael, solo que mi jefa no se parece en nada a él. Ella es mucho más profesional y hace su trabajo, aunque sí es cierto que se preocupa por nosotros tanto como él lo demuestra.

Dejo el plato en el fregadero y salgo de casa corriendo. Después de un buen rato de trayecto entre autobuses y trenes, la megafonía del metro hace que mis tímpanos estallen.

—*Próxima estación: Verdaguer.*

Guardo el móvil rápidamente, cojo mi bolso y salgo rápidamente, no sin antes tropezarme por tercera vez con el bajo de la falda.

—Joder —maldigo, subiéndomela de nuevo.

No debería habérmela puesto. Todo por querer rescatarla del fondo del armario. Hay cosas que deberían quedarse donde están, o donarlas a la beneficencia tal vez.

Otra cosa que me hace feliz es poder vivir en mi ciudad preferida del mundo: Barcelona, tan bonita y ecléctica que nunca me canso de explorarla. Sin embargo, el metro es una mierda, pues casi siempre llego tarde por su culpa. Corro sin pausa, escaleras arriba. Y, casi sin aliento, consigo llegar al exterior. La canción de Taylor Swift sigue sonando en los auriculares, pero la ignoro. «Lo siento, Tay». En realidad, me paso todo el día escuchando música; es lo que tiene trabajar en una cadena de radio. Así que seguro que nos volvemos a encontrar.

Mi amiga Adriana me saluda desde su cafetería sobre ruedas, a la que bautizó como «cafeneta». La cual siempre coloca frente a mi trabajo, un edificio de trece plantas supercerca de la Sagrada Familia. Mientras que yo entro ahora, a ella tan solo le quedan un par de horas para acabar su jornada. La envidio demasiado. Tiene la cafetería desde antes de que la conociera en el campus de la universidad, y de eso ya hace bastante tiempo.

—Te adoro —le digo, tras un resoplido, cuando me da el termo de café que me ha preparado para afrontar la noche. Ella sonrío y me guiña el ojo.

—¡Mueve el culo, que llegas tarde! —me regaña, apuntándome con el dedo.

—Lo sé —grito mientras acelero el paso, con el termo

en una mano y mi gigantesco bolso en la otra. El asa se me escurre constantemente, por lo que, como puedo, me la coloco en el antebrazo y consigo llegar a la entrada sin ningún percance.

Javier, el guarda de seguridad, se ríe de mí al verme pasar. Debo parecer una loca desquiciada. Le saludo brevemente y me acompaña al ascensor para darme las cartas que me han llegado hoy. Es un hombre muy simpático y siempre me cuenta todo lo que pasa por aquí durante el día. Mientras subimos a la tercera planta, me pone al día y me promete que me subirá un poco del postre que le ha preparado su mujer para la cena. Hoy le toca turno de noche, como a mí.

Nada más abrirse las puertas, Lola me recibe con un abrazo. Mi jefa es la mejor persona del mundo. ¿Sabéis lo difícil que es encontrar eso hoy en día? Es lista, competente y muy transparente.

—Mara, estás hecha un desastre. ¿Qué te ha pasado?

—El metro —le explico, sin ser sincera del todo, mientras me quito los auriculares. En algún punto de mi carrera, el sonido se ha apagado. Cuando miro la pantalla, me doy cuenta del problema—. Enric, ¿tienes un cargador?

Mi compañero me mira con el ceño fruncido, analizando mi pregunta. Siempre está metido en la pantalla de

su ordenador y me extraña que me haya escuchado a la primera.

—¿Qué pregunta es esa? —responde levantándose. Se coloca las gafas y camina hacia nosotras—. ¿De qué marca es tu teléfono?

Al no saber responderle con seguridad, se lo enseño. Él asiente y abre su cajón. De inmediato saca un cargador y me lo lanza.

—Te debo una —afirmo, y me giro hacia mi jefa mientras busco el puerto USB a tientas en el ordenador—. Lola, se me ha ocurrido una idea.

Ella me mira con una sonrisa compasiva y me coloca la mano en el hombro, lo cual hace que me detenga y suelte el cable.

—Tengo una reunión con la junta. ¿Nos vemos en una hora? Con suerte, me rescatas de la pesadilla —contesta, diciendo la última frase más bajo para que solo la escuche yo.

Me río y ella se marcha a su despacho. Cuando consigo enchufar el cable, me recuesto en la silla y me quedo mirando a todo a mi alrededor un instante, con el pecho lleno de satisfacción. La oficina se divide en tres secciones, ya que solamente hay tres programas. A primera hora de la mañana y sobre las ocho de la tarde empieza *En primicia*,

los informativos donde se habla de la actualidad y la política. El resto del día lo rellenan los chicos de *Tune In*, que ponen música y hacen entrevistas a cantantes. Y nosotros somos los reyes de la noche con *Altas horas*, donde hablamos de una variedad de temas.

Mi mesa está cerca de la ventana y es lo suficientemente grande para dejar todos mis libros de investigación sobre ella. Aun así, tengo todo esparcido por la mesa sin ningún orden. Me acerco a Celia, la veterana de nuestro programa, para darle un beso en la mejilla a modo de saludo. Ella se encarga de la sección de cine. Enric es el informático y, en mi opinión, la persona más lista del mundo. Los dos entramos a trabajar aquí al mismo tiempo. Y yo ahora me encargo del apartado de curiosidades: investigo cosas que me parecen interesantes y planteo cuestiones al público.

—¿Ya te están hablando las estrellitas otra vez?
—bromea otro de mis compañeros, el cuarto en discordia, que por desgracia se sienta frente a mí.

Le miro con enfado a la vez que cojo el bolso del suelo y lo dejo sobre la mesa dando un golpe. Desde que me pilló leyendo el horóscopo, se burla de mí. Bueno, en realidad cualquier excusa le vale para burlarse.

—Por lo que veo, todavía no te has curado de la gilipollez. ¿Te tendré que dar otro balonazo en la cabeza?

Admito que no ha sido mi mejor contestación.

De todas las personas del mundo, me tuvo que tocar tener a este imbécil de compañero. El año pasado, en el fin de semana de convivencia, a Celia se le ocurrió jugar al balón prisionero. Había visto una película sobre ello y pensó que sería muy buena idea para limar asperezas entre nosotros. Tras eliminarlos a todos, solo quedábamos él y yo. Conseguió ganar haciendo trampas. Sé que hizo trampas. Por eso cogí el balón y se lo tiré con tanta fuerza que, cuando le dio en la cabeza, se cayó al suelo y se quedó medio inconsciente.

No me arrepiento de nada.

—Chicos, dejadlo ya. No quiero volver a recordarlo —interviene Celia, quien tras el incidente se sintió tan culpable por haber sugerido ese juego que se quedó toda la noche con él para vigilar que no tuviera una conmoción cerebral.

—Alec, necesito el resumen de todos los partidos que ha habido para mandárselo a los de redes —interrumpe Enric, colocándose las gafas con ese nerviosismo que le caracteriza.

—Enseguida te lo envió —contesta, con una voz tan amable y profesional que me dan ganas de darle una patada en la zona más dolorosa de su cuerpo.

Rebusca en su cajón mientras Enric hace rodar su silla para regresar a su sitio.

¿A quién le importan los deportes? Solo es el tema de conversación más recurrente e importante del país, menuda tontería. Y era mi sección. Sí, me jodió bastante cuando Alec llegó y, sin más, me la quitó. ¿A cuento de qué se le permitió eso? Seguro que es un enchufado y conoce a alguien de la junta.

A veces desearía que desapareciera, e incluso consigo imaginármelo. Una oficina sin ese ser que se sienta frente a mí, el encargado de destrozar mi paz interior y de ponerme de mala leche cada vez que le veo entrar por la puerta todos los días con ese traje impoluto.

—¿Dónde está el ratón? —me pregunta él con seriedad, sacándome de mis ensoñaciones.

—No sé de qué me estás hablando —contesto con naturalidad, esbozando una sonrisa angelical. Celia se aparta con un resoplido, pues sabe que empieza el juego de todos los días.

Los ojos rasgados de Alec me miran, retándome. Coloca los brazos encima de la mesa.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

Me hago la tonta y me muerdo la mejilla por dentro, en un intento de aguantarme la risa.

—No empieces una guerra que sabes que no vas a ganar —refunfuña desesperado, y se me escapa una carcajada.

—Esta me parece que ya la he ganado. —Le guiño un ojo y me recuesto de nuevo en la silla, disfrutando de mi pequeña broma. Parece que le sale humo de las orejas.

—Mara, ven a mi despacho —me llama Lola desde el fondo, y me sobresalto.

Alec vuelve a sonreír al pensar que he hecho algo malo. Tengo la sensación de que siempre está a la espera de que cometa el mínimo error para que me despidan. Yo, en cambio, estoy tranquilísima.

Coloco mi falda y camino con indiferencia. El resto ha vuelto a sus tareas después de lanzarme varias miradas de preocupación, pero sé que tengo unos ojos clavados en mi espalda. No le pienso dar el placer de ver cómo me doy la vuelta para mirarle. Cierro la puerta y me dirijo a mi jefa.

—La idea de la que te... —Me detengo al ver que tiene el ceño fruncido. En ese instante, sé que algo va mal—. La reunión ha acabado muy pronto.

—Sí —responde con una sacudida de mano para restarle importancia, y me siento junto a ella en el sofá—. Quería hablarte de algo.

—Dispara.

Su preocupación es evidente. Está inquieta y ella nunca lo está.

—Me voy a jubilar.

La miro durante un largo rato sin decir nada. Ella me lanza una sonrisa de tristeza.

—¡Es genial! Estabas deseándolo.

—Lo cierto es que sí. —Resopla, liberando la tensión. Las arrugas de sus ojos vuelven por un instante en una mirada de preocupación—. Mara... —Vuelve a hablar, cogiéndome de la mano—. No sé si eres consciente de que no seré más tu jefa.

—Lola, las dos sabemos que has sido más que mi jefa. Aquí todos somos como una familia —respondo emocionada, con un nudo en la garganta que trato de disimular con un gesto despreocupado. Su mirada baja hacia nuestras manos—. ¿Qué problema hay?

—Ya han elegido a la persona que me sustituirá. De eso iba la reunión de hoy. —Me acaricia con suavidad y no sé por qué siento que lo que me va a decir no me va a gustar—. Yo quería que Celia fuese mi sustituta. Tú y todos lo sabíais.

—Es la persona ideal para tu puesto.

—Ellos no quieren otra mujer en la dirección. Creen... creen que la empresa necesita otro enfoque.

—¡Serán antiguos!

La miro, indignada. Lola inspira lentamente y contiene el aire durante unos segundos, que me parecen eternos. No

tengo ni idea de lo que me va a decir, pero está claro que no son buenas noticias. Siempre me ha dicho las verdades a la cara, sin ningún problema por cómo me sentarían, porque las dos sabemos que ella solo quería lo mejor para mí. Me ha hecho una persona más profesional y se lo agradezco. Pero ahora todo parece diferente.

—Guillem Torres será el nuevo director de la cadena a partir de la semana que viene —habla de nuevo, tras soltar todo el aire lentamente.

Mi corazón se detiene y un sudor frío me recorre la espalda. Ella lo nota y me aprieta las manos con más fuerza. De todas las personas del mundo, de todos los seres horribles que existen, él lidera la lista de personas repulsivas. Si hubiera una manera de medir el nivel de asco que me produce esa persona... Por colores, diría que es marrón mierda; por sabores, lo categorizaría como vómito; y, por catástrofes, podría equipararse a Chernóbil.

Me levanto corriendo hacia la ventana, con el estómago tan revuelto como un día de resaca monumental, y hundo la cabeza en la papelería, dejando mi estómago completamente vacío.

Definitivamente, mi sueño de vivir en mi serie favorita se ha convertido en una pesadilla. Ni los astros lo habrían podido adivinar.

2

Energías negativas

—Sí, ya me lo has dicho millones de veces —replico, sentada en el taburete del puesto de Adriana—. No juzgues a las personas.

—Yo no hablo así —me dice ella indignada, tras haber puesto voz de pito al repetir sus palabras—. Pero tengo razón.

—Tiene doble personalidad, Adri. ¿Qué más razones quieres que te dé? Es un engreído y un manipulador.

El café se me ha enfriado, así que lo remuevo, desgana, mientras observo el remolino que se forma poco a poco. No me puedo creer que la última semana con Lola haya pasado tan rápido.

—Yo solo te digo que quizá haya cambiado. Quizá sea un buen jefe.

La examino con escepticismo.

—Esos bichos nunca cambian.

—¿Me vas a contar lo que te pasó con él?

Mi mirada viaja de un lado para otro, intentando evitar la de mi amiga. Únicamente he hablado del tema con dos personas y no fue por gusto.

De pronto, veo a lo lejos a mi archienemigo número dos y mis pensamientos se relajan por un instante. Se está acercando a la cafeneta, imagino que para pedir, y en cualquier momento me va a ver. No sé si me apetece discutir hoy, la verdad.

Lo bueno de que mi amiga haya rodado con su cafetería móvil hasta aquí es que puedo verla todos los días. Pero tiene éxito, y eso quiere decir que las moscas cojoneras como Alec Park siempre aparecen.

—Me tengo que ir —respondo, levantándome con rapidez. Y, antes de que me lo discuta, cojo mi bolso y la beso en la mejilla—. ¿Nos vemos en el descanso?

Ella pone los ojos en blanco con resignación y se lleva mi café sin contestarme.

Javier me da las nuevas del día y camina junto a mí hacia el ascensor, como siempre, mientras me habla de su hija, que está estudiando en la universidad.

—Buenos días, señor Park —dice mi acompañante con educación, y se marcha a su puesto.

Mi compañero asiente y vuelve a mirar al frente, esperando a que las puertas se abran. ¿No estaba pidiendo

café? También podría habérselo tomado allí. Maldita sea, no me deshago de él ni un minuto. Cuando nos metemos dentro, solo estamos nosotros dos. Entonces aprovecho para lanzarle la primera flecha del día. No puedo evitarlo.

—¿Tu amargura dura todo el día, o es que el palo que tienes en el culo te hace demasiado daño?

Él se mantiene pétreo, sujetando el café que le ha comprado a mi amiga. Luego se gira ligeramente y susurra:

—Veo que alguien no ha tenido éxito este fin de semana.

Mis mejillas comienzan a arder por la furia contenida y me entran ganas de partirle la cara ahora mismo. Sé que debo controlarme, pero me saca de mis casillas.

—¿Estás hablando de ti? Porque, si es así, no me interesa en absoluto tu desastrosa vida sexual.

Alec suelta una carcajada y sale del ascensor. Todos nos miran con los ojos abiertos como platos: algunos, con la mandíbula prácticamente desencajada; y otros, con una pequeña sonrisa de diversión. Esa es Esther, quien me da un suave codazo al pasar. De todos es sabido que nos llevamos mal. No, mal no. FATAL. Pero esta escenita ha sido completamente innecesaria. Está claro, por cómo me miran todos, que el punto de partido se lo ha llevado él. Tengo que devolvérsela.

Furiosa, dejo el bolso en la mesa y me siento en la silla, con tan mala suerte de que me caigo hacia atrás.

—¿Qué coño...? —me quejo desde el suelo, y Celia viene corriendo hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

La miro mientras me incorporo, aún confusa, y observo mi silla destrozada.

—¡Eres un cabronazo! —exclamo mientras me levanto. Rodeo las mesas de mis compañeros para llegar a la suya y veo que está sonriendo como un imbécil—. ¡Te voy a arrancar la cabeza!

Me duele el brazo y un poco el costado, pero mi enfado es tal que saco las fuerzas necesarias para darle un puñetazo. Sin embargo, lo consigue esquivar y me doy contra el respaldo de su silla, perdiendo el equilibrio.

Alec coloca sus manos sobre mis hombros para evitar que caiga encima de él. Están heladas. ¿Qué es? ¿Un vampiro? Respiro con fuerza, aún dispuesta a intentar de nuevo ese puñetazo, pero se levanta y me aparta de su lado.

—Donde las dan, las toman, estrellita —susurra, y me lanza una sonrisa victoriosa.

¿Dos puntos en un mismo día? Ni de coña. Le golpeo el estómago y él agarra mi mano con fuerza para disimular

el dolor. Odio que me llame así, porque sé perfectamente que lo hace de manera despectiva.

—Todo el mundo a la sala de reuniones en dos minutos —grita una voz masculina al fondo, y la oficina entera se sobresalta. Me giro de inmediato y se me corta la respiración cuando le veo. Allí está la repugnancia en persona, el ser más indeseable del planeta.

Mis compañeros se marchan tras él con todo lo necesario para una reunión. Cuando Lola se despidió el viernes, nos avisó de que hoy llegaría el nuevo director de la cadena, y lo cierto es que no he pegado ojo en todo el fin de semana.

Me quedo parada en el mismo sitio, incapaz de hacer que mis piernas reaccionen. Alec me golpea al pasar, y es entonces cuando mis terminaciones nerviosas vuelven a activarse y consigo caminar. Soy la última en entrar. Me siento junto a Celia y trato de convertirme en un ser totalmente invisible, aunque mi blusa naranja no ayuda mucho.

Durante la presentación, me distraigo con mi goma del pelo, dándome pequeños latigazos para desviar mis pensamientos. Guillem no ha cambiado en absoluto. A pesar de rondar los cuarenta, sigue pretendiendo tener un aspecto de veinteañero, lo cual resulta ridículo. Lleva una colonia apestosa que huele a kilómetros de aquí y ese aspecto de

chulo arrogante que se cree mejor que los demás. Encima le han dado el puesto de director; no podría haber mejor cargo para un prepotente como él.

—De acuerdo. Continuemos entonces con el siguiente punto: la programación —resuelve él, pasando la página de su cuaderno—. Señorita Alarcón, espero que no le esté pareciendo demasiado aburrido.

Me incorporo, incómoda, y me aclaro la garganta. Me gustaría decirle lo que me está pareciendo su mierda de reunión, pero aprecio mi trabajo lo suficiente como para guardármelo.

—Todo correcto —contesto en el tono más profesional que puedo.

—Como iba a decir, va a haber cambios en la reestructuración de los programas. Quiero que todos participen, que haya conversación, no solo secciones independientes.

—Eso implicaría modificar algún tema —interrumpe Enric tras haber levantado la mano.

—Así es. Adaptar las noticias. Que la gente disfrute.

—¿Cómo pretende abordarlo, señor Torres? —pregunta Christian, del programa de informativos, activando su vena periodística. Es como una gran águila acechando al buitre carroñero.

—Comenzaremos poco a poco. —Mira sus notas con

atención, pasando el dedo por encima del papel para comprobar los nombres. Todos nos quedamos en silencio—. *Altas bandas* será nuestro conejillo de indias.

¿Hay algún rastro de profesionalidad en un tipo que no se sabe ni los nombres de los programas de la radio que dirige? Patético. Me dan ganas de corregirle, pero Celia atrapa mi brazo antes de que lo haga.

Mi mirada se cruza con la de Guillem y, mientras la mía es de odio extremo, la suya es de bravuconería. Quiere tocarme las narices, lo veo en sus ojos; pero no pienso dejar que lo consiga. Fuerzo una sonrisa, demostrándole que estoy completamente tranquila, aunque en el fondo esté ardiendo de furia. Cuando pasa al siguiente punto, suelto lentamente el aire contenido y me vuelvo a hacer invisible.

El resto de la reunión, la paso divagando entre la mejor manera de matar a mi jefe y sobre qué hablaré en el programa de hoy. Si voy a dejar que mis compañeros participen, quizá tenga que replantear todas mis ideas.

Nada más acabar la reunión, me escabullo a mi escritorio. Allí charlamos Celia, Esther y yo sobre todo lo que se ha hablado, cada una lanzando sus teorías.

—¿Qué opinas, Mara?

Las observo con atención y tomo aire.

—No creo que esa persona tenga nada bueno.

Escucho a Alec resoplar y le lanzo una de las bolas de papel que tenía preparadas.

—Siempre tan optimista —comenta, con el papel en la mano y una fingida sonrisa. Comparado con nuestro jefe, me resulta de lo más inofensivo.

Le ignoro y miro a mis compañeras.

—Lo dices como si vieses el futuro —se sorprende Esther, siguiendo con el tema.

Me acerco a ellas con la intención de que no nos escuche nadie más, y comienzo mi análisis:

—Solo hay que saber unas pocas cosas sobre una persona para saber qué paso dará después. Guillem puede tener una cara simpática frente a su público; pero al final es un embaucador, mentiroso y manipulador. Es el villano de la serie, así que tenemos que tener cuidado con él.

Las dos se quedan sin palabras.